

¿HACIA UN REFORMISMO "NACIONAL"?

"No pudo hacerse ningún anuncio previo, ninguna discusión concreta en torno a tesis elaboradas de antemano..." ("Mundo obrero", 13 de octubre de 1.972).

Con esta presentación de las resoluciones del Congreso, la dirección del PCE trata de justificar el carácter plebiscitario que ha revestido esta reunión: Carrillo, limitando por diversos medios la participación de sectores críticos de su propia organización en la preparación del Congreso, ha querido reafirmar la línea preconizada por la dirección actual a lo largo de la última década y, al mismo tiempo, apoyándose en la autoridad del Congreso, tener una situación de fuerza que le permita terminar con la dinámica de reagrupamientos de disidentes de la línea oficial del partido que se viene produciendo últimamente.

En sus aspectos fundamentales, el VIIIº Congreso se halla dentro de la línea de continuidad que caracteriza a la política reformista del PCE: una estrategia de alianza con la burguesía "democrática" (extensible a sectores de la oligarquía y del mismo aparato estatal), una vía pacífica de liquidación de la dictadura y una defensa incondicional de la "coexistencia pacífica" a escala internacional.

Este último Congreso no ha hecho más que confirmar cómo, dentro de la crisis y el impase en que se halla el PCE, su dirección actual hace más manifiesta todavía su evolución hacia una orientación derechista. Su concepción del "pacto por la libertad", su análisis del Estado burgués y del Ejército-

como instrumentos a "democratizar", su posición capituladora ante el Mercado-Común, su modelo "liberal" de socialismo, son tantos aspectos que refuerzan la conclusión ya sacada por una amplia franja de la vanguardia obrera y juvenil y que hoy empieza a sentirse a través de las críticas públicas que surgen en organizaciones de base del PCE en relación a este Congreso: el proceso de "socialdemocratización" de este partido la naturaleza burocrática de su dirección y los lazos que mantiene con las burocracias de los Estados obreros degenerados, su táctica legalista y pacifista ante las luchas de masas, demuestran que no es dentro del PCE, con la ilusión de poder transformarlo, como se podrá contribuir a la construcción de una dirección revolucionaria.

La crisis actual del PCE tiene una significación particular: un número importante de militantes combativos surgidos en las luchas del último periodo empiezan, a través de la crítica al último Congreso, una revisión global de la línea ultrareformista preconizada por Carrillo. Es tarea de los marxistas revolucionarios, pese a nuestras débiles fuerzas, obrar para que el desenlace de esta crisis contribuya a la clarificación en el seno de la vanguardia obrera y juvenil y para que, mediante nuestra intervención, ayude al refuerzo de la organización revolucionaria.

En este y en próximos números de "Combato" nos proponemos hacer una crítica a la línea actual del PCE, oponiendo constantemente frente a su política de colaboración de clases los análisis y las posiciones que la LCR defiende en el Estado español.

EL "PACTO POR LA LIBERTAD" Y LA CRISIS DE LA DICTADURA.

"La oposición no puede, sin suicidarse políticamente, aceptar la imposición — juarcarlista. La solución al problema — de España no consiste en "desarrollar" las leyes e instituciones fascistas, si no en acabar con ellas mediante una ruptura de signo democrático. Por eso el único compromiso aceptable para la oposición es el que permita establecer un régimen de auténticas libertades políticas" (de la Resolución Política del VIII C.).

De esta forma, proponiendo un "pacto" de colaboración de clases a la burguesía con el solo objetivo de instaurar un régimen de libertades formales (que Carrillo se apresura a señalar: "sin ninguna discriminación", es decir, admitiendo a la Falange y otras fuerzas reaccionarias...), la dirección del PCE no hace más que reducir la crisis actual en España a la sustitución de la "forma franquista" del Estado burgués por una forma "democrática", proceso que se produciría de manera pacífica — contra toda violencia posible por parte del movimiento de masas.

¿Crisis política o crisis profunda del sistema?

No cabe duda que la crisis de la dictadura se encuentra hoy en un estado muy avanzado: su incapacidad para frenar el ascenso del movimiento de masas, sus dificultades cada vez mayores para mantener el equilibrio entre las distintas fuerzas burguesas reflejan la maduración de una situación prerrevolucionaria que pondrá al orden del día la lucha por el derrocamiento de la dictadura.

Pero la crisis del franquismo no se limita a ser un fenómeno puramente superestructural: refleja la crisis del capitalismo español, la incapacidad histórica de la burguesía, ante la conver-

gencia de unas contradicciones sociales y económicas explosivas, para "desarrollarse" en el marco de una "democracia" a la europea o incluso con un Estado fuerte a lo gaullista.

Con la expansión económica de la década de los 60, con los lazos más estrechos que la unen al mercado imperialista, la burguesía española no ha sido capaz de superar su retraso histórico. Contrariamente a esto, ese periodo de expansión no ha hecho más que manifestar a un nivel superior, más agravada, la contradicción fundamental entre el desarrollo necesario de las fuerzas productivas y el mantenimiento de las relaciones de producción capitalista: crisis económica (debido a factores no solo coyunturales sino estructurales: crisis permanente de las regiones agrícolas más pobres, poca competitividad de la industria española respecto a la europea, etc.), mantenimiento de sectores improductivos, crisis social (que afecta a las diversas instituciones sobre las cuales se apoyan la burguesía y el régimen: universidad, iglesia, escuela, familia, sindicato vertical, etc.) y crisis ideológica (tanto de los "valores" tradicionales del "nacional-sindicalismo" como de la ideología tecnocrática importada) son el telón de fondo de la crisis de dirección política que atraviesa la burguesía española.

Esta crisis general del capitalismo español es la que polariza a las distintas capas de la sociedad en torno a las dos clases fundamentales: la granburguesía, interesada en el mantenimiento de la dictadura, por un lado y, la clase obrera, única capaz de dirigir por la vía revolucionaria la lucha contra la dictadura.

Precisamente porque la burguesía solo puede buscar supervivencia como clase, mientras dure el ascenso del movimiento de masas, en el marco de una dictadura, con o sin Franco, la lucha

por la destrucción del franquismo y — por la imposición de las libertades — elementales es inseparable de la lucha por reivindicaciones de las libertades elementales es inseparable de la lucha por reivindicaciones anticapitalistas — y por la instauración de un Gobierno — de los Trabajadores en el poder. Que — per limitar el papel del movimiento de masas al de simple apoyo a maniobras — de los reformistas con representantes — de la burguesía es aparecer como el — "salvador" de la burguesía para impe — dir el ascenso del movimiento de masas. Esta orientación, pues, no sólo es re — formista sino que también es utópica.

Afirmar esto último no significa ne — gar la existencia de contradicciones — en el seno mismo de la burguesía. Al — contrario, a medida que el proletaria — to y demás capas radicalizadas (estu — liantes, profesionales, campesinado po — bre, proletariado agrícola) avancen ha — cia el derrocamiento de la dictadura, — los conflictos entre las distintas fuer — zas se agravarán. Pero estas divisio —

nes no harán más que manifestar la des — composición de la dictadura frente al — movimiento de masas en ascenso. Sus — tensiones internas no giran en torno a "democracia" o "dictadura" sino que par — ten de la necesidad de mantener las — instituciones de la dictadura y de im — pedir la maduración de una situación — prerrevolucionaria. Es a partir de es — te objetivo común que surgen conflic — tos sobre una mayor o menor "liberali — zación" de las instituciones, sobre có — mo ganar a sectores de las capas me — dias, en fin, cómo acelerar una mayor — integración al mercado común europeo. — Pero, no existe ninguna fracción de la burguesía interesada en aliarse con el movimiento obrero para establecer una — "democracia" a la europea.

Todo esto no excluye que, como con — secuencia y último recurso frente a la amenaza inminente de una crisis revolu — cionaria, haya sectores de la burgue — sía que, ante la caída de la dictadu — ra, traten de impedir la dinámica anti — capitalista del movimiento de masas me — diante la "concesión" de unas liberta — des formales. Pero, si esta hipótesis — se realizara, no sería más que un in — tervalo corto durante el cual la tarea no consistiría en cómo construir un Es — tado "democrático" y realizar "pacifi — camente" medidas "antimonopolistas" — (como lo plantea el PCE) sino que el — auténtico dilema para el movimiento de masas se daría en estos términos: o un avance hacia la destrucción del Estado burgués y la creación de las bases de un nuevo estado obrero a partir de los organismos surgidos en las luchas (comisiones, comités, milicias obreras) o un retroceso a través de la colaboración con la burguesía, que llevaría, en ausencia de una dirección revolucionaria alternativa, a la represión de los trabajadores por una dictadura sangrienta del Gran Capital.



«Aplicar esquemas teóricos sobrepasados a una situación viva, que no admite patrones porque le resultan o demasiado pequeños o demasiado grandes, sería olvidar que si Lenin no hubiera saltado por encima de algunas tesis marxistas, no hubiera habido revolución socialista en 1917 en la Rusia zarista».

(Dolores Ibárruri)

La experiencia actual de Chile es bastante aleccionadora a este respecto queriendo respetar la legalidad burguesa, el gobierno de Allende, después de una primera fase de "reconciliación" entre burguesía y proletariado, se encuentra hoy encerrado en su propia trampa. Rehénos dentro del Estado burgués, enfrentados a una oposición burguesa que viola su propia legalidad, los reformistas de la "Unidad Popular" se niegan a apoyarse en las movilizaciones de masas y resurren a los altos mandos del Ejército -burgués- para "vigilar" el respeto de la Constitución y el mantenimiento del orden público.

Las contradicciones en que se mueve hoy la dirección del PCE, la poca credibilidad de su proyecto ante las fuerzas burguesas, sobre todo teniendo en cuenta el débil control reformista sobre la vanguardia obrera y la combatividad de las masas, no harán más que agravarse a medida que se acerque la crisis definitiva de la dictadura. El fracaso de la oposición "democrática", su vuelta a los rediles del régimen en apoyo a las "maniobras contristas", son el último ejemplo del utopismo del "pacto por la libertad" y de las falsas ilusiones que engendra en las masas.

¿Transición "pacífica" o derrocamiento revolucionario de la dictadura?

No sólo son reformistas los objetivos que defiende el PCE, sino también los medios que propone para poder aplicarlos. Según Carrillo, una huelga nacional pacífica que impulsara la formación de un gobierno de coalición con la burguesía bastaría para el "desplazamiento" de la dictadura... Así pues, para el PCE no se trata de destruir radicalmente todas las instituciones de la dictadura (repressivas, judiciales, seccionales, etc) y de esta forma iniciar la destrucción de todo el Estado burgués, sino simplemente de sustituir pacíficamente las instituciones de la dictadura por otras "democráticas" dentro del inviolable Estado burgués, Fe-

ro, ¿es esto posible? ¿Acaso la gran burguesía, las fuerzas represivas de que dispone -legales e ilegales-, apoyada por el imperialismo yanqui, va a permitir imposible, va a tolerar el desmantelamiento "pacífico" de la dictadura? Fomentar estas ilusiones entre las masas supone negar de hecho que la dictadura sigue siendo el instrumento de dominación política de la burguesía y que esta se aferrará a defenderlo con la violencia represiva frente a todo movimiento generalizado de masas que amenace su poder. Creer que el franquismo -y todas las instituciones que constituyen su soporte- va a caer por la simple "presión" de las masas es conducir a éstas a un atolladero. La destrucción de la dictadura solo puede ser obra de una huelga general revolucionaria -que incluirá enfrentamientos violentos y armados con las fuerzas represivas- que ponga al orden del día la lucha por una alternativa socialista frente al poder agonizante de la burguesía.

El Ejército "neutro"...

"El Ejército cumplirá su papel de servidor a la nación, si, en vez de erigirse en guardián del continuismo, comprende que ha llegado el momento de devolver la palabra al país" (de la Resolución Política del VIIIº Congreso.)

Carrillo pretende justificar la posición del Ejército de una "transición pacífica de la dictadura a la democracia" a través de su análisis del Ejército: éste no es ni franquista ni popular, es un ejército al servicio de la nación... Así, pues, el punto de vista de clase marxista desaparece para dejar paso a un sentimentalismo patriótico: la dirección del PCE lamenta que este ejército se halle poco preparado para afrontar una invasión extranjera (¿de quién: de sus maestros, los yanquis?), que técnicamente esté muy atrasado, que haya oficiales que cobren sueldos bajos, etc.; pero inmediatamente asegura a los altos mandos que el PCE luchará por un Ejército "moderno" que garantice el orden necesario

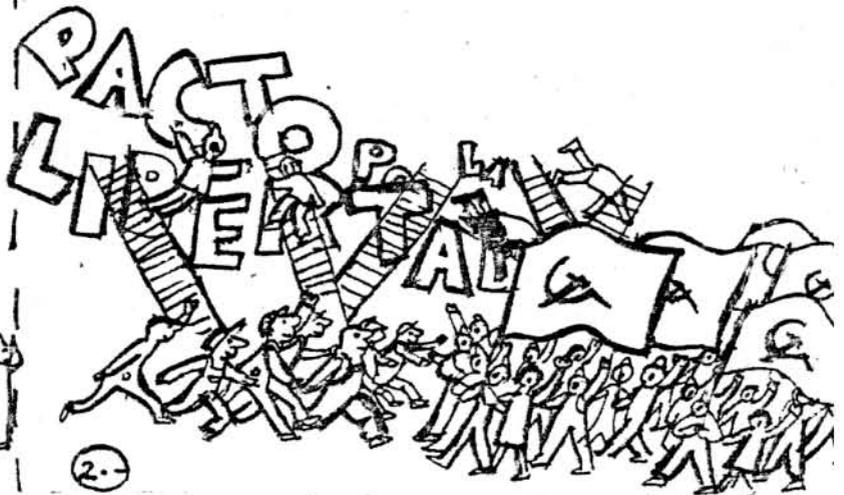
en un Estado "democrático".

Con toda esta demagogia, tratan de ocultar a las masas el papel central — que jugó ese mismo ejército en la contrarrevolución fascista del 39, la existencia en su seno de una casta militar-dirigente que está estrechamente ligada (política y económicamente) a la gran burguesía, en fin, la naturaleza de clase de este Ejército que, pese a las diferenciaciones que puedan producirse en su seno, seguirá siendo uno de los principales baluartes del Estado burgués.

Las tensiones que puedan producirse dentro del Ejército no harán más que reflejar las existencias entre las diversas fuerzas burguesas y no se puede hablar, como lo hace Carrillo, del Ejército como un cuerpo con intereses propios diferentes de los de la burguesía. Esas tensiones no harán más que manifestar la crisis y descomposición del Ejército como guardián de los intereses capitalistas y, por lo tanto, buscar una alianza con los militares "liberales" frente a los "ultras" significa obrar por la recomposición y la defensa de los inte-

"democratización" de este Ejército o de ganar a militares "liberales", sino en base a la educación entre los soldados — sobre el carácter de clase de este baluarte del sistema y planteando la necesidad de crear otro nuevo, en el momento de la crisis prerrevolucionaria, a partir de las milicias obreras y populares y los destacamentos armados de la vanguardia.

Frente a las ilusiones pacifistas fomentadas por el PCE, las lecciones de las últimas luchas demuestran que sectores importantes de la clase obrera empiezan a comprender, a través de la acción, la necesidad de la violencia revolucionaria. Partiendo de la propia experiencia de las masas y de la necesidad de destruir el Estado burgués, los revolucionarios nos fijamos como tarea "armar a las masas del deseo de armarse" mediante la propaganda y la agitación — (que incluyen acciones ejemplares de la vanguardia) sobre la autodefensa en las luchas y el desarrollo de un trabajo antimilitarista dentro y fuera del Ejército actual, (luchando al mismo tiempo por una serie de reivindicaciones elementa-



reses de la casta dirigente y no por su desaparición definitiva junto con el cadáver de la dictadura. La única forma de agravar las contradicciones y la crisis del Ejército actual consiste en fomentar la oposición, en su interior, entre la tropa, cuya mayoría es de origen proletario o campesino, y la alta oficialidad, no en torno a ilusiones de —

les para la tropa,) enlazando así con la tradición revolucionaria del proletariado español. Solo estas actividades, combinadas con un trabajo constante en el movimiento de masas, podremos acelerar la descomposición del Ejército actual y preparar el enfrentamiento inevitable en condiciones favorables para lograr un desenlace victorioso.

-La alianza con las capas de la pequeña burguesía: ¿política reformista o política revolucionaria?

La dirección del PCE trata de "teorizar" la necesidad de una etapa de "democracia política y económica, antifeudal y antimonopolista", posterior a la caída del franquismo y previa a la socialista, partiendo de la alianza con las "capas medias". Para el PCE, el atraso del capitalismo español, las tareas incabadas de la revolución democrático-burguesa exigen una etapa previa, "democrática". Detrás de este argumento, vemos reaparecer de nuevo la concepción menchevique y estalinista de la revolución: en lugar de deducir, como lo hicieron Lenin y Trotsky, de la época de decadencia imperialista abierta por la Primera Guerra Mundial y la victoria de la revolución rusa la actualidad de la revolución socialista, la bancarrota histórica de la burguesía y la afirmación del proletariado como única clase revolucionaria y capaz de asumir las tareas democráticas en el marco de su propia dictadura, Carrillo sigue aferrando al viejo sueño pequeñoburgués de la vuelta a la democracia parlamentaria y al capitalismo concurrencial bajo la protección del Estado "democrático"

Con la tercera fase de la revolución industrial, después de la II Guerra Mundial, con el desarrollo del capitalismo de los monopolios y el refuerzo del papel del Estado al servicio de éstos, - las capas de la pequeña burguesía (-tanto las tradicionales -comerciantes, pequeños propietarios- como las "modernas" -técnicos, ingenieros) son cada vez más incapaces de jugar un papel político independiente de las dos clases fundamentales de la sociedad. Para estas capas, la alternativa que se les presenta es: o una mayor integración y subordinación a los intereses de la

gran burguesía (con lo que se convertirían en masa de maniobra contra el proletariado y no verían satisfechas sus reivindicaciones progresivas), o una radicalización creciente a través de la alianza con la clase obrera por objetivos anticapitalistas. Toda "tercera vía" es utópica y no hace más que subordinar los intereses históricos de los trabajadores a los inmediatos, corporativistas, de estas capas (defensa de la pequeña propiedad, de los privilegios de los técnicos etc...).

Para los revolucionarios, se trata de forjar una alianza en la lucha, en torno a la clase obrera, con sectores radicalizados de estas capas, obligándoles así a romper con su actitud vacilante. Las experiencias de las últimas luchas (Ferrol, Vigo), demuestran que no es en las mesas "democráticas" donde se realiza esa alianza, si no a partir de la lucha decidida de la clase obrera en las fábricas y en la calle, contra la dictadura y la explotación capitalista.

Una vez más, el ejemplo de Chile es significativo: frenando las luchas obreras, impidiendo el armamento de las masas, negándose a atender contra los sectores clave de la economía capitalista, Allende y el PCE chileno pretendían ganar a las "capas medias" mostrando moderación... En realidad, como se ha visto en los últimos meses, los reformistas chilenos (a los que Carrillo visitó y alabó tanto por su vía original al "socialismo") no han hecho más que crear las condiciones más favorables para que la burguesía, apoyada por el imperialismo, fomente un movimiento de tipo "semifascista" que llegue incluso, dada su desmoralización en algunos sectores y en ausencia de una dirección revolucionaria, a ganar adeptos entre los trabajadores.

A la linea reformista y utópica del —
"Pacto por la libertad", los marxistas —
revolucionarios oponemos la lucha por la
independencia del movimiento de masas —
respecto a toda colaboración con fuerzas
burguesas y la necesidad de forjar un —

Frente Unico de los trabajadores contra
la dictadura y el capitalismo que, bajo
una dirección revolucionaria, pueda lle-
var a cabo la instauración del socialis-
mo en España.

-Benegas-

so so so so
so so so so